

Arrupe fue uno de los representantes más connotados de un tiempo que soñó en la justicia social y la colaboración entre los pueblos y emprendió proyectos en medio de fuertes resistencias.

Arrupe:

un hombre para todo tiempo

PEDRO TRIGO, S.J.

Ámbito: la humanidad concreta

"Este 'mundo en cambio' intuido por San Ignacio en la redondez de la tierra, debe ser afrontado con lealtad humana y fe cristiana". Esta frase de Arrupe en el prólogo que escribió a finales de 1972 a un libro suyo¹, sintetiza mucho de lo que es su talante y su legado. Él vivió durante gran parte de su vida con la conciencia de habitar un mundo en cambio y trató de ponerse a su ritmo, de pertenecer a él. No se situó ante él como un mero analista, como un científico que toma nota de su rumbo con la mayor precisión posible o como un hombre de negocios que trata de sacar provecho de la situación. Él se siente perteneciente a esa humanidad en cambio.

Piensa con acierto que ya San Ignacio en su tiempo columbró de algún modo la tierra como un todo que contenía en sí tal variedad y tales contrastes como lo refleja en la contemplación de la Encarnación. Y no se limita a ver con la Trinidad la redondez de la tierra. También la abarca cuando recién fundada la Compañía reparte a sus compañeros hasta el extremo oriente. Arrupe, por su parte, no sólo la entrevistó, como San Ignacio, y salió a su encuentro sino que, viviendo sucesivamente en Europa, en América y en Asia y desempeñando luego una misión universal, que le impulsó a viajar frecuentemente a diversos



países de todos los continentes, se sintió realmente preocupado por todo lo que pasaba en ella. Tuvo conciencia de que nos adentrábamos a una época planetaria. Escribía en 1971 que salta a la vista "el afán de una mayor unidad y coordinación en el mundo" (o.c. 84). Y en ese mismo año decía al secretario de la ONU: "Los problemas de hoy son universales por naturaleza y pueden ser resueltos sólo con una común preocupación por toda la familia humana" (o.c.116). Concretamente luchó porque el occidente reconociera, respetara y de algún modo recibiera la riqueza humana, cultural y espiritual del oriente, y que le comunicara a su vez, no la basura consumística sino sus valores más auténticos, que él creía estaban basados en su herencia cristiana. También trabajó con ardor a lo largo de toda su vida por una colaboración entre el primero y el tercer mundo con miras a un desarrollo integral.

Actitud de fondo: la fe

Por eso exhortó y animó con su ejemplo a afrontar a este mundo con lealtad y fe. Para él no eran dos actitudes complementarias sino un binomio, es decir, una misma actitud de fondo con dos expresiones mutuamente implicadas. La actitud básica es la fe: fe en el Dios cristiano, en el Dios humanado, y correspondientemente

fe en los seres humanos. La lealtad humana, ese compromiso responsable con la humanidad a la que pertenecía y que asumía, echando la suerte con ella, era para Arrupe una actitud teñida por fuertes dosis de simpatía, tanto en el sentido literal de sentir y padecer con ella, como en el usual de hacerse uno con ella gozosamente. Esta fe en el ser humano le llevaba a exclamar: "el ser humano que busca el mal por el mal no existe" (o.c. 30).

Quiero aclarar que expresiones de este tipo nada tenían de optimismo ingenuo. Era fe en el sentido más riguroso del término. Fe de quien ha palpado la devastación de la guerra, los extremos a los que puede llevar el odio o más todavía si cabe la mercantilización de todo. Fe de quien ha hecho gestiones infructuosas y ha tomado contacto frecuente con las víctimas, de quien se reúne y planifica en orden al compromiso de unos y el desarrollo de otros, y comprueba el peso aplastante de los intereses creados. Esta fe en el ser humano lo lleva a verlo como es, verlo hasta el fondo de sus abismos, pero sin desesperar nunca de él. Esta esperanza también lo capacita para atisbar lo que late en él de bueno, sus deseos, sus mejores posibilidades, y para alentarlas incansablemente.

Para Arrupe esta fe en cada ser humano concreto, en los diversos grupos humanos y en la humanidad como un todo se nutre de la fe en el Dios que ha echado la suerte con los seres humanos. "Yo resumiría, dice, mi pensamiento diciendo que el Espíritu de Dios está trabajando a ojos vistas en el mundo de Dios, y que ese Espíritu, y la bondad fundamental del hombre -sobre todo si se le considera formando parte del pueblo de Dios- son los dos elementos básicos para perspectivas futuras cada vez más halagüeñas" (o.c.85). Así pues, la es-

peranza se basa en la capacidad de contemplar al Espíritu trabajando en el mundo, un mundo que no es el abstracto y objetivado mundo científico o el mundo sin entrañas de la mercancía, sino que es el mundo en cuanto real: el mundo de Dios. Como en el fondo el mundo es de Dios y en él trabaja el Espíritu, llenos de esa confianza en él "tenemos que tener valor para preguntarnos lo que el mundo necesita y espera de nosotros, que coincide con lo que Dios quiere de nosotros en el mundo de hoy" (o.c.90). Entrega, pues, a Dios, que se expresa como entrega al mundo. Desde esa disposición fundamental, en medio de dolores y frustraciones, reconocemos la bondad fundamental del hombre, lo original que Dios puso en él y nunca desaparece.

No activismo prometeico sino autenticidad

Vemos, pues, a Arrupe, como un ser humano no replegado sobre sí mismo, no pretendiéndose centro ni acumulando poder, sino como el que sale de sí para entregar lo mejor poniéndose en función de los demás. Era la realidad la que lo determinaba ya que el impulso a hacerla justicia lo estimulaba a transformarse incesantemente para interpretarla y para buscar servirla eficazmente en orden a su desarrollo integral, a su completa humanización.

Esto significa que Arrupe, al no buscarse a sí mismo sino buscar lealmente la salvación del mundo, se encontró con lo mejor de sí mismo, superó sus estrecheces; al hacerse todo a todos se hizo plástico, proteico, se hizo de algún modo todo. Esa actitud de servicio universal creó en él una capacidad de renovarse, de comprender, de asumir, de conectar que permitió escuchar a tantos tan diversos, hacerse cargo de ellos y encargarse con ellos de sus problemas y proyectos. En las

fotografías que se han conservado es muy patente ese gesto de apertura total, esa tensión serena de escucha, esa simpatía de fondo.

Ahora bien, esa entrega la realizó Arrupe desde su ser más genuino, no poniéndose entre paréntesis sino dando de sí, de sus mejores aptitudes, de su más íntima verdad. Por eso ese periplo vital tan intenso, con tantos logros, con tanta fecundidad humana y con tantos dolores, límites y, por qué no, fracasos, lo fue interiorizando cada vez más, lo fue haciendo capaz de un intercambio cada vez más cualitativo, lo fue sumiendo en el misterio. Él había dicho que "el futuro nos exigirá una vida religiosa más 'crucificada'..., más 'grano de trigo que muere' por otros" (o.c. 81). Eso se cumplió en él.

No éxito sino fecundidad histórica

No cabía ni en la Iglesia ni en el mundo que empezó a cristalizar desde la última parte de los años 70. Todo aquello por lo que luchó parecía no sólo vencido sino tan vencido que parecía borrado del mapa. Quiero insistir en que la extemporaneidad de Arrupe en los 80 no se debió a que él promovió proyectos históricos o construcciones utópicas o teorías u organizaciones que se mostraron incompetentes para el desarrollo humano desde el paradigma de Jesús. Arrupe no está ligado ni a sistemas políticos o ideológicos ni a organizaciones ni militancias. Su extemporaneidad se debe a su apuesta por una fe que se expresa en la justicia real, en la colaboración concreta, en transformaciones palpables, en costos personales y sociales muy sensibles. El rechazo a Arrupe es el rechazo a un espíritu, a un talante, a una apuesta, a un horizonte. Arrupe criticó al marxismo, al modo sectario como se llevaba la lucha política y a veces también la lucha social, e in-

cluso en el interior de la Iglesia: él no estuvo de acuerdo con imposiciones y anatemas. Él no desechó a ninguno de los sectores sociales, propugnó siempre la colaboración, creyó que no eran necesarios modelos rígidos ni de horizonte utópico ni de desarrollo y organización. Pero él creyó que el problema del desarrollo debía acometerse por sí mismo y dándole prioridad, ya que él no sería subproducto del desarrollo económico. Más aún, creyó que el occidente se estaba vaciando por entregarse a la mercancía y al poder, y que tenía que cambiar de objetivos y convertirse profunda y estructuralmente. Ahora bien, también creyó que, para esta reorientación podía apoyarse en muchos de sus bienes culturales, que para él eran de inspiración cristiana. Creyó en un nuevo humanismo, que era el viejo de Jesús de Nazaret. Todo esto es lo que llegó a ser inasimilable porque no lo proponía como declaración de principios sino que luchaba lo más concretamente posible por que se hiciera verdad.

Cuando hablamos de derrota queremos decir que el mundo no se orientó en esa dirección. Sin embargo, lo que él propulsó sigue en tantos que con fidelidad creativa son portadores hoy de su espíritu y en tantas iniciativas institucionales que él inspiró, que son hoy cauces de esa dirección vital.

El que se viera un tanto fuera de lugar no lo llevó al resentimiento. El resultado fue que ese ponerse en las manos de Dios (de un Dios sentido como salvación del mundo) que había sido su actitud de fondo, se fue volviendo fe desnuda, pero, paradójicamente, también más palpable. También esa lealtad con la humanidad, que siempre fue fe, llegó a ser esperanza contra esperanza. En su caso fue cierto, como en el de Jesús, que la encarnación acaba en la cruz, aunque la última palabra la tiene Dios.

Su legado

Su ser cristiano, que fue su última verdad, lo llevó al apostolado, que le exigió estar a la altura del tiempo, renovarse siempre, llegar a la universalidad concreta; y por eso su interés tanto por la colaboración internacional como por la inculturación del evangelio.

Echar la suerte con la humanidad desde la perspectiva de Dios lo llevó a abrazar al mundo, pero no a acomodarse a él. Abrazó al mundo desde el designio salvador de Dios. Eso lo capacitó para ver actuar al Espíritu y secundarlo, pero también lo sensibilizó respecto del pecado del mundo y lo sufrió y cargó con él.

En la sociedad y en la Iglesia progresivamente se le dio la espalda. Estaba demasiado marcado por una dirección, incomodaba demasiado, no era funcional. Él siguió su camino con la misma simpatía, con un deje de dolor.

Fue una persona pública que supo pagar el precio de sus tomas de posición y lo hizo con elegancia espiritual. Su versatilidad nada tuvo de vedetismo sino que fue por el contrario un camino de fidelidad. Arrupe fue uno de los representantes más connotados de un tiempo que soñó en la justicia social y la colaboración entre los pueblos y emprendió proyectos en medio de fuertes resistencias. Esas resistencias fueron estrangulando esa dirección histórica hasta hacerla fracasar. Los enemigos fueron ante todo las corporaciones, que son los protagonistas y los responsables de este tiempo de lobos. En él tenemos que seguir soñando en la humanidad que tiene por paradigma a Jesús y alumbrándola en nosotros y en los demás.

¿Es en verdad modelo para mí un hombre que por exigencia de su vocación vivió a la altura del tiempo, haciéndose cargo de él concretamente, conectando efectivamente con los

diversos actores y con las víctimas, cargando con su pecado y animando e impulsando a los que luchaban por un desarrollo humano en justicia y colaboración desde el Espíritu de Jesús y su paradigma? ¿Es en verdad inspiración para mí una persona que se lanzó al ruedo, que optó públicamente, que apostó todo y que cargó con las consecuencias de su compromiso? ¿Quiero seguir a un hermano que se adentró cada día más en este misterio de amor al mundo, que acabó siendo amor crucificado?

Él siempre apostó por lo concreto e incluso apoyándose en lo mejor de lo que existía. Pero también vio que era imprescindible la conversión y el cambio de solidaridades para que la acción concreta fuera realmente humanizadora según el paradigma de Jesús. Él siempre apostó por el diálogo y la colaboración de los diferentes, el trabajo que hoy llamamos en red; pero desde ese horizonte trascendente irrenunciable.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO. DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA

1 P. Arrupe: Ante un mundo en cambio. EAPSA, Madrid 1972